

LUCAS 24,1-35

TEXTO

«²⁴1 Pero el primer día de la semana, al amanecer, fueron a la tumba llevando los aromas que habían preparado.

² Pero encontraron la piedra retirada del sepulcro.

³ Pero, al entrar, no encontraron el cuerpo del **Señor Jesús**.

⁴ Y sucedió que, estando ellas apuradas por esto, he aquí que **dos hombres** se presentaron ante ellas *con vestiduras brillantes*.

⁵ Pero, atemorizadas e inclinando sus rostros hacia tierra, les dijeron: “¿Por qué buscáis al **Viviente** entre los muertos? ⁶ No está aquí, sino que **ha sido resucitado**. Acordaos cómo os lo dijo estando todavía en Galilea ⁷ diciendo que **el Hijo del hombre debía** ser entregado en manos de hombres pecadores y ser crucificado y resucitar al tercer día”.

⁸ Y se acordaron de sus palabras.

⁹ Y, tras regresar del sepulcro, anunciaron *todas estas cosas* a **los Once** y a **todos los demás**.

¹⁰ Pero eran **María Magdalena** y **Juana** y **María** la de Santiago y **las demás** [que estaban] con ellas. Decían *estas cosas* a **los apóstoles**.

¹¹ Y estas palabras aparecieron ante ellos como un delirio, y no las creían.

¹² Pero **Pedro**, levantándose, corrió al sepulcro y, bajando la cabeza para mirar, ve las fajas solas.

Y volvió a sí mismo sorprendiéndose de lo que había pasado.

¹³ Y he aquí que **dos de ellos**, en ese mismo día, estaban caminando hacia un pueblo alejado sesenta estadios de Jerusalén, cuyo nombre [era] Emaús. ¹⁴ Y ellos conversaban uno con otro sobre todo lo que había pasado.

¹⁵ Y sucedió que, al conversar y discutir, **Jesús mismo**, acercándose, camina con ellos.

¹⁶ Pero sus ojos estaban impedidos para reconocerlo.

¹⁷ Pero les dijo: “¿Qué palabras son esas que intercambiáis uno con otro al caminar?”.

Y se detuvieron con aire sombrío.

¹⁸ Pero, respondiendo, **uno de ellos**, llamado **Cleofás**, le dijo: “¿Eres el único residente en Jerusalén y que no sabe los acontecimientos que han sucedido estos días en ella?”.

¹⁹ Y les dijo: “¿Cuáles?”.

Pero ellos le dijeron: “Los referidos a **Jesús el Nazareno**, que llegó a ser un **profeta poderoso en obra y palabra** ante Dios y todo el pueblo; ²⁰ cómo nuestros sumos sacerdotes y jefes lo entregaron a condena de muerte y lo crucificaron. ²¹ Pero nosotros esperábamos que **él** iba a liberar a Israel. Pero, con todo esto, va el tercer día desde que estas cosas sucedieron. ²² Pero también algunas mujeres entre nosotros nos han sobresaltado: presentándose al amanecer en el sepulcro, ²³ y al no encontrar su cuerpo, vinieron a decir que habían tenido una aparición de ángeles, los cuales les habían dicho que vivía. ²⁴ Y algunos de los que están con nosotros fueron al sepulcro y encontraron [el lugar] como las mujeres habían dicho. Pero a **él** no vieron”.

²⁵Y **él** les dijo: “¡Oh insensatos y lentos de corazón para creer todo lo que los profetas dijeron!

²⁶¿No era preciso que el **Mesías** sufriera todo esto y entrara en su gloria?”.

²⁷Y, comenzando desde Moisés y todos los profetas, les explicó lo [referido] a **él mismo** en todas las Escrituras.

²⁸Y se acercaron al pueblo a donde iban y **él** hizo ademán de caminar más adelante.

²⁹Y lo forzaron diciendo: “Quédate con nosotros, porque se acerca la tarde y decae ya el día”.

Y entró para quedarse con ellos.

³⁰Y sucedió que, estando a la mesa con ellos, tomando el pan, lo bendijo y, partiéndolo, se lo daba.

³¹Pero sus ojos fueron abiertos y lo reconocieron.

Y **él** se les volvió invisible.

³²Y se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?”.

³³Y, levantándose en ese momento, regresaron a Jerusalén.

Y encontraron reunidos a **los Once** y los [que estaban] con ellos, ³⁴diciendo: “**El Señor ha sido resucitado realmente y se ha aparecido a Simón**”.

³⁵Y ellos explicaron lo [que había pasado] en el camino y **cómo había sido conocido en la fracción del pan**”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (24,1-12)

.- En 23,54, Lucas había señalado la transición de viernes a sábado, día de descanso. Las mujeres habían ya preparado los aromas y ungüentos cuando debía de tratarse todavía del viernes. Como corresponde -se respeta la Ley de un extremo a otro del evangelio (cf. 1,6.8-9.59; 2,21-24.41; 4,16)-, las mujeres observan el sábado. Al 23,56b responde 24,1 marcando un contraste: al descanso se opone la actividad. Al amanecer las mujeres van a la tumba. Lucas precisa que se trata del primer día de la semana. Las mujeres llevan lo que han preparado. A diferencia de Marcos (Mc 16,3-4), la preocupación de las mujeres por no poder rodar la piedra, o el milagro de que la tumba esté abierta, no atraen la atención de Lucas. Las amigas de Jesús encuentran la piedra ya rodada. Sin duda, el evangelista no quiere distraer la atención *de lo que será esencial*, el mensaje de los ángeles.

.- Vv. 3-4: Lucas proclama aquí solemnemente a Jesús como «Señor». Este uso del título que anticipa la confesión cristiana según Pascua y Pentecostés (cf. Hch 2,36) aparece aquí y allá en el evangelio, como si Lucas preparara el camino.

Las palabras «y sucedió» sirven de marcador y señalan la acción principal. El verbo «estar apurado» aparece solo otra vez en la obra de Lucas, en Hch 25,20, a propósito de la perplejidad de Festo. Pero Lucas recurre a menudo al sustantivo femenino *aporía*, que define la condición del que no comprende, como el de los pueblos ante los signos escatológicos (21,25). Tal confusión se produce en circunstancias en las que el proyecto de Dios se torna perceptible sin ser todavía evidente. En esta situación se encuentran las mujeres.

«Y he aquí» sirve de nuevo marcador: la acción principal comienza. Al hablar de hombres «con vestimentas luminosas», Lucas designa aquí y en otros lugares a los mensajeros de Dios, que

están de pie ante las mujeres. Su vestimenta no es simplemente blanca o brillante (es tan resplandeciente como un relámpago). Este vocablo elimina toda ambigüedad: estos dos seres pertenecen al mundo divino y su intervención será por ello fulgurante como el relámpago.

.- V. 5: Las mujeres comprenden entonces lo que pasa. Salen de su incertidumbre, pero no abandonan el legítimo temor de Dios y se postran en tierra en un gesto de veneración. El mensaje angélico tiene varias dimensiones: hay en primer lugar una pregunta: «¿por qué buscáis?». Este «¿por qué?» introduce una pregunta retórica y significa: vais por mal camino, no deberíais buscarlo «entre los muertos». Lucas había dicho ya en un capítulo anterior que Dios no era un Dios de muertos, sino de vivos (20,38). Y antes había puesto en boca de Jesús: «Deja que los muertos entierren a sus muertos» (9,60). He aquí lo que las mujeres, en opinión de los ángeles, están haciendo: ocuparse de los muertos. Entonces, ¿se equivocan las mujeres que han ido a visitar el sepulcro? Sí, piensan los enviados del cielo. Por eso invitan a las mujeres a que den un salto: que dejen de buscar entre los muertos y que se pongan a indagar entre los vivos. Se da por supuesto que encontrarán entre ellos al «Viviente».

El gesto de las enlutadas no se designa como una llegada simple (v. 1) o una entrada (v. 3), sino como una búsqueda: «buscáis» (v. 5). El uso por los ángeles de este verbo corresponde a una lógica más profunda. El lector del evangelio conoce la importancia del verbo «buscar»: el o la que busca encuentra, había afirmado Jesús (11,9). Si «se busca» un difunto para ungirlo o aplicarle aromas, ¿no significa que nos mantenemos en el mundo diario, en el de las crónicas necrológicas y entre el recuento de las víctimas? Es preciso apuntar en el haber de Lucas este sentido teológico y escatológico de la vida. El verbo «vivir», utilizado para definir la condición del Resucitado, reaparecerá un poco más adelante en el evangelio (24,23) y más tarde en los Hechos (1,3; 25,19). Este empleo lucano corresponde al uso joánico de «vida eterna».

.- Vv. 6-8: Después de la pregunta retórica viene una afirmación que relaciona la tumba vacía («no está aquí») con la resurrección («sino que ha resucitado»). Los ángeles no dan prueba alguna de la resurrección de Jesús: la proclaman, abriendo así la vía al testimonio apostólico ulterior. Pero antes de los apóstoles, cuya autoridad institucional Lucas aprecia, hay unas mujeres que son las primeras en ser puestas al tanto de semejante noticia, y son también las primeras en testimoniar la buena nueva (v. 9), aunque con el éxito que es sabido entre los varones (v. 11).

Desde la segunda mitad del v. 6, Lucas se aparta de Marcos. Es difícil decir si sigue su material propio o su imaginación teológica. Aunque el tema del recuerdo no es específicamente lucano, el motivo de *la profecía realizada* es del gusto del tercer evangelista.

Galilea sirve de eje en torno al que gira el pasaje; en Lucas subsiste como el lugar de una enseñanza profética. Lucas recuerda los anuncios de la pasión recurriendo a los términos característicos de las palabras pasadas de Jesús, a saber: el «Hijo del hombre», el verbo «debía», la entrega, las sucias «manos» de los humanos responsables, la muerte en la cruz y la resurrección al tercer día. Es de subrayar las similitudes entre estos vv. 6b-8 y los cuatro anuncios de la pasión contenidos en el evangelio de Lucas: 9,22; 9,44; 17,25; 18,32-33. Ciertamente, los dos últimos no fueron formulados en Galilea, sino de camino hacia Jerusalén. Pero lo que importa es que los dos primeros fueron dichos en Galilea y que en el segundo Jesús precisó: «Retened bien en vuestras mentes estas palabras» (9,44). El anuncio sugiere de hecho las cuatro etapas de la pasión de Jesús: a) el papel de las autoridades judías, b) que entregan a Jesús a los romanos, c) los cuales crucifican a Jesús, d) al que Dios devuelve a la vida.

.- Vv. 9-11: Lo que cuenta es la «tumba», la «sepultura». Así pues, Lucas prefiere decir que las mujeres vuelven «de la tumba» más bien que retornan a la ciudad. El evangelista enumera

estas mujeres en el v. 10. En primer lugar a María Magdalena, de la que Lucas ignora o quiere ignorar la aparición personal con la que fue agraciada (Mt 28,9-10; Jn 20,11-18). Si mantiene la presencia de esta mujer, a la que niega más honor, es porque el recuerdo de la amiga de Jesús estaba ligado a la mañana de Pascua de manera indisoluble. Que se la denomine «de Magdala» permite presumir que no estaba casada, así que no había marido que indicar. Lucas añade, como en 8,2-3, a Juana, cuyo marido, Cuzá, intendente de Herodes, no era preciso señalar de nuevo. Antes de añadir al final «y otras mujeres con ellas», menciona Lucas el tercer nombre, el de María la de Santiago (madre más bien que hija o esposa). El lector no ve por qué el evangelista no tiene en cuenta luego a Salomé (Mc 16,1), ni por qué coloca a María, madre de Santiago, en la tercera posición (es la segunda en Marcos). Estas preguntas no son ociosas, porque tales listas gozaban de cierto tono oficial, a ejemplo de las que enumeraban a los varones. Aquí, v. 10, la enumeración interrumpe el relato. En Marcos la lista está colocada a la cabeza del episodio y ocupa un lugar más natural (Mc 16,1). Lucas ha querido utilizarla a propósito de la noticia que las mujeres llevan a los demás discípulos (v. 9). Porque, a diferencia de Marcos (Mc 16,8), Lucas les permite expresarse. Hasta dos veces señala cómo toman la palabra, lo que resulta chocante desde el punto de vista gramatical (vv. 9 y 10). Lucas se guarda mucho de precisar el contenido de esta proclamación. Para la primera vez escoge el verbo «anunciar», en aoristo (puntual); y la segunda, el verbo «decir», en imperfecto (tiempo que sugiere la duración, la repetición, o la importancia del discurso). Como contenido del mensaje, Lucas tiene más a la vista el desarrollo de los hechos que su significado. Los destinatarios de estas palabras se designan con la expresión «los Once y todos los demás» en el v. 9, y por el sintagma «los apóstoles» en el v. 10. La primera expresión recuerda el pasado del grupo en compañía de Jesús, la segunda anticipa el futuro de la organización eclesial.

Hay dos modos de explicar el fracaso de este testimonio. Según el primero, el mensaje de la resurrección, tan escandaloso para el sentido común humano, no podía más que toparse con la incompreensión. De acuerdo con el segundo, el evangelista, como Pablo antes que él, no deseaba que la verdad evangélica se fundamentara sobre la base del testimonio de mujeres. Estas dos explicaciones no son inconciliables. Aunque Lucas concede a las mujeres en su obra un buen papel, particularmente en el evangelio, siempre están en el lado de los que reciben y escuchan. Las mujeres sirven ciertamente con sus bienes y ofrecen hospitalidad, pero no asumen ninguna responsabilidad apostólica y jamás proclaman el evangelio en los Hechos. No es asombroso, pues, que sus palabras hubieran parecido a los oídos autorizados una «palabrería», «tontería», «delirio». El término aparece solo aquí en la obra de Lucas y en el NT. No se otorga confianza alguna a un discurso como este «y no las creían» (v. 11). Los Once, y Lucas tras ellos, no eran particularmente hostiles al menospreciar el testimonio femenino: el derecho judío y los filósofos griegos, es decir, la sociedad antigua, no actuaban de otro modo. Todos los cristianos, sin embargo, no compartían este punto de vista. Muchos reconocían el peso del testimonio de María Magdalena y de otras mujeres que habían acudido a la tumba.

.- V. 12: Para confirmar lo que se acaba de decir, basta con leer la continuación. El v. 12 debe convencer al lector de que el frágil testimonio de las mujeres recibió una confirmación más sólida de un varón -¡y de qué varón!-, el dirigente del grupo de los Doce y el futuro portavoz de la Iglesia, a saber, de Pedro. Para la tradición conservada por Lucas, solo se trataba de Pedro (en Jn son Pedro y Juan). Esta tradición vio la luz para completar o contrarrestar la tradición referente a María Magdalena en la tumba.

Pedro corre, pues, a la tumba. El hecho de que corra en vez de caminar sugiere, según una costumbre bíblica, que el Dios de Israel actúa intensamente en esta hora. El verbo «mirar de lado» en este pasaje significa que Pedro tiende o baja la cabeza para mirar. Y como mira hacia el interior, lo hace más fácilmente inclinándose. En la lengua religiosa de los judíos, de los griegos, y luego de los cristianos, inclinarse puede relacionarse con la contemplación de

revelaciones y misterios. Esta coloración religiosa no está ausente del v. 12: Pedro se apresta a observar una situación que sale de lo ordinario. Para expresar la ausencia del cadáver, Lucas señala que Pedro no ve más que el rastro del paso de Jesús muerto: solo las fajas o vendas que envolvían el cadáver. Para no anticipar y estropear los efectos de las apariciones posteriores, el evangelista no afirma todavía que Pedro cree ya. El apóstol está sorprendido, estupefacto y admirativo (es difícil captar aquí los matices del verbo *thaumazo*). Esta actitud sin embargo marca ya un progreso: a la falta de fe del v. 11 sucede la admiración dubitativa del 12.

Una última expresión presenta una dificultad, *pros heauton*. ¿Retorna Pedro «a su casa» o «hacia sí mismo»? Hemos de admirar una vez más el arte de Lucas que sugiere al mismo tiempo un sentido literal y otro figurado. Es preciso relacionar este movimiento de Pedro con el «vete hacia ti mismo», al cual Dios invita a Abrahán. La sorprendente formulación de Gn 12,1 implica probablemente algo más que un esfuerzo de interiorización. Para Abrahán y aquí posiblemente para Pedro, se trata de irse, de alcanzar su identidad y cumplir su destino. Pedro vuelve a su casa, como lo hicieron las mujeres (v. 9), pero se vuelve también hacia sí mismo, como hizo el hijo pródigo en la parábola (15,17).

SEGUNDA UNIDAD (24,13-35)

.- V. 13: Lucas une, no sin cierta torpeza, el nuevo episodio a lo que precede: relaciona los dos discípulos con el grupo mencionado por los vv. 9-11. Estos dos caminantes forman parte de «todos los demás» y no del grupo de los apóstoles. Pudieron ser parte de los setenta, mencionados solo por Lucas (10,1-20). La tradición cristiana consideró que el compañero de Cleofás era un varón. Sin embargo, como al evangelista le gusta presentar codo con codo a un hombre y una mujer (cf. 1,5-38 y 15,3-10), Lucas pudo imaginar que la segunda persona habría sido una mujer. El evangelista subraya que todos los acontecimientos que cuenta en este cap. 24 se desarrollan el mismo día («en este día», «en el mismo día», v. 13). Según la simetría concéntrica del pasaje, los vv. 13-14 tienen como contrapartida los vv. 33-35 (vuelta de los discípulos a Jerusalén).

La localización y la identificación de Emaús han intrigado a los cristianos desde la Antigüedad. Los estudiosos modernos comparten esta curiosidad. El término Emmaus deriva del hebreo y significa «fuente caliente». Son principalmente cinco los lugares que han sido propuestos. Una cosa en cambio parece bien establecida: hablar de 30 estadios en la Antigüedad, era indicar una marcha de aproximadamente una hora. Según Lucas, Emaús se encontraba pues a dos horas de camino de Jerusalén. Que Lucas proporcione esta precisión se debe a su deseo de localizar las apariciones del Resucitado en la ciudad santa o en sus alrededores. Por lo demás, el misterio permanece en su totalidad.

.- Vv. 14-16: Los dos discípulos hablan mientras caminan. La lógica del relato impone que discutan sobre lo que había pasado.

Se produce entonces algo importante. La tensión narrativa consiste en el hecho de que los personajes del relato no se dan cuenta de ello. «Y sucedió» marca el principio de una acción que será decisiva. El verbo «hablar entre ellos», «dialogar» muestra que se trata de una conversación seria. El verbo «buscar juntos», «discutir», «disputar» implica aquí diversidad, por no decir desacuerdo. Lo más importante, sin embargo, no está del lado de los discípulos, sino de Jesús que se acerca y camina con ellos. Los lectores recordarán la importancia del verbo «caminar» en los capítulos precedentes del evangelio: expresaba la determinación del que avanzando hacia Jerusalén se aprestaba a enfrentarse a su trágico destino. Aquí les toca caminar a los discípulos, pero aunque todavía no lo sepan, no están solos. Al autor le interesa subrayar la indigencia de los caminantes (sus ojos «estaban impedidos para que no lo reconocieran»), de manera que pueda crear con mayor facilidad la escena del reconocimiento.

Los vv. 15-16 tienen como contrapartida los vv. 30-31 según la simetría concéntrica (reconocimiento y desaparición). Lucas es partidario de la «vista» tanto como del «oído». El ojo representa aquí la inteligencia: los discípulos ven y deberían comprender (de hecho, no comprenden; no manifestarán sorpresa alguna [v. 18] cuando Jesús se dirija a ellos [v. 17]). La voz pasiva (lit. «eran forzados», traducido en el contexto por «estaban impedidos») es hábil: el autor sugiere tanto la debilidad humana como la fuerza divina que prepara de antemano el desenlace. El evangelista no dejará de señalar que en el momento del reconocimiento «sus ojos se abrieron y lo reconocieron» (v. 31).

.- Vv. 17-18: He aquí, según Lucas, las primeras palabras que pronuncia el Resucitado. Como no se ha dado a conocer todavía, sus palabras no provocan la alegría del reencuentro, sino una triste sorpresa: los dos discípulos no comprenden que alguien desconozca los eventos recientes. Los dos discípulos se detienen. Lucas añade «con un aire sombrío» (el adjetivo es raro, y queda destacado por su posición al final de la frase). El sentido de este adjetivo, que se refiere a la expresión de la cara, vacila entre la tristeza, la severidad, el enfurruñamiento, el cansancio, el mal humor, la confusión y la inquietud. Es difícil saber el matiz que toma aquí el término. Lo que es seguro es que los peregrinos expresaron su desaprobación de manera no verbal. Según la simetría concéntrica, esta expresión tendrá su contrapartida positiva en el v. 29, en el entusiasmo ardiente que desea retener a Jesús.

El relato gira hacia el diálogo. Cleofás no se anda con rodeos: el «¿Eres el único...?» no carece de cierta agresividad. En su opinión, la ignorancia de Jesús solo puede ser la de un extranjero de paso. El autor crea un cierto suspense al hacer que la descripción hecha por Cleofás sea suficientemente vaga. Este procedimiento permite hacer que el debate se suscite de nuevo en el v. 19. Aunque haya simetría concéntrica, hay también un desequilibrio intencionado entre la conversación lenta, cargada de malentendidos, y la manifestación brusca y final (vv. 30-32).

.- Vv. 19-24: Cleofás -apenas interrumpido por una brevísima pregunta de Jesús: «¿cuáles?»- aclara finalmente lo que les preocupa. Cuenta en primer lugar y brevemente el evangelio de Lucas. En el nivel de los hechos no comete error alguno: Jesús procede de Nazaret; fue un profeta de obras y palabras; se situaba bajo la mirada de Dios y se presentaba ante el pueblo (v. 19); se trata, en suma, de lo que el evangelista ha contado hasta el relato de la Pasión; prosigue por un resumen extremo del relato de la Pasión (v. 20): cada palabra de este resumen se reencuentra en los capítulos 22-23. A la objetividad de los hechos se añade la subjetividad de los compañeros decepcionados y desorientados. La esperanza está en imperfecto: «nosotros esperábamos». Era legítimo, aunque fuera ambiguo: ¿de qué liberación de Israel se trataba? ¿De los romanos y de la opresión política, o del pecado y de la muerte inexorable? Sea lo que fuere, la esperanza zozobró en el pasado: ya era el tercer día. El lector nota la ironía que aviva esta cronología: el tercer día... ¿no era la duración prevista por Jesús en ciertos anuncios de su pasión (9,22; 18,33)?

Cleofás prosigue su relato en su propia perspectiva, a saber la del grupo de los discípulos impermeables al mensaje de las mujeres y a la sabiduría de los ángeles. En los vv. 22-24, este incrédulo obstinado resume lo que los lectores acaban de descubrir: el episodio de las mujeres en la tumba vacía -perfectamente sintetizado- y la marcha hacia el sepulcro de ciertos varones. El resumen de la carrera de Pedro es perfecto en todos los puntos, salvo una excepción: ¿por qué el evangelista escribe visitantes en plural («algunos de los que están con nosotros»)? ¿Sabe que Pedro, como en Jn 20,3-10, fue a la tumba acompañado? Lucas quiere utilizar una expresión vaga. Son hechos que no cambian nada en la constatación trágica de la muerte de Jesús. Sin embargo, una luz esperanzada se perfila en el trasfondo: Cleofás admite que ni las mujeres ni los hombres vieron a Cristo muerto. La ausencia del cadáver de Jesús intriga, por

tanto, al lector que oye por segunda vez el mensaje angélico: está vivo (v. 23 que reenvía al v. 5).

.- Vv. 25-27: Los lectores descubren la andanada de Jesús pero no saben cómo Cleofás y el otro discípulo van a reaccionar. El adjetivo «lentos» es una de las claves del relato. Hace demasiado tiempo que dura esto. La longitud de la frase subraya la lentitud en creer. La voz del visitante foráneo no reprocha a sus compañeros el no haberlo reconocido: un cuerpo resucitado no se parece inmediatamente al ser humano cuya existencia recrea. Esta voz no indica tampoco otras dos quejas: la de no haber creído los anuncios de Jesús sobre su pasión y la de no haber sabido leer el sentido de los acontecimientos recientes. No, la acusación se refiere a la lectura de las Escrituras santas. Los dos personajes interpelados son «insensatos», literalmente «privados de inteligencia», porque no han creído, porque han sido lentos de «corazón» (la fe no es solo intelectual, es también afectiva, personal existencial, holística).

Lo que sigue es un condensado de teología lucana: lo que proclamaron y predijeron los profetas es aquello de lo que acaban de ser testigos, a saber, la necesaria pasión del Mesías, y lo que aún queda por realizar, a saber, la entrada de Cristo en su gloria. Toda la atención se dirige ahora hacia el discurso explicativo de Jesús (v. 27). Toda la Escritura, en su estructura binaria de la Ley y los Profetas, le concierne. Y como si esto no bastara, Jesús insiste en mencionar de nuevo «en todas las Escrituras», v. 27. Cristo resucitado saca de su ambigüedad a las profecías y su cumplimiento, y alumbró su propio destino a la luz de las Escrituras. Para la fe todo es claro: las Escrituras y la suerte de Jesús. Para la duda todo queda oscuro: el sentido de las Escrituras y el sentido del destino de Jesús.

Ahora, el suspense: el autor no dice que Cleofás y la persona que lo acompaña comprendan la hermenéutica del Resucitado. Más bien se sobreentiende que continúan siendo lentos para creer. La decepción de Jesús y de los lectores del evangelio ante su falta de comprensión adquiere una dimensión tanto más dramática cuanto que, al seguir la simetría concéntrica, las firmes palabras del Resucitado (vv. 25-27) corresponden a las desengañadas palabras de los discípulos (vv. 19b-21).

.- Vv. 28-29: He aquí una transición que mantiene el suspense y hace presentir un acontecimiento inminente. Los dos caminantes se acercan a su destino, mientras que el forastero hace el gesto de ir más lejos. La hora de la despedida parece sonar. La repetición del verbo «caminar», «andar» no es fortuita. El camino representa la vida de los humanos así como la de los creyentes, y debe llegar a su término, aunque sea provisional. Hay unas etapas en la vida. Por segunda vez (v. 28), Jesús «finge» (cf. los vv. 17-19), pero finalmente, como «caminaba con ellos», va a pararse y «quedarse con ellos» (v. 29). La razón invocada es legítima, aunque no la principal: ciertamente cae la tarde, pero su deseo de compañía aumenta. La insistente invitación que le dirigen señala que la regañina les echó, más que herirlos, los puso en movimiento.

.- Vv. 30-32: El último acontecimiento, que será decisivo, se produce: «y sucedió», como en el v. 15. La tarde, después del camino, es la hora de sentarse o de tenderse para compartir la comida. Es también el momento en las costumbres judías de pronunciar una bendición antes de tomar alimento. Jesús, aunque es el invitado, desempeña el papel de dueño de la casa. Es él quien pronuncia la oración y reparte el pan. Lucas, repetidas veces en los Hechos, utiliza la expresión «partir el pan» (conoce incluso la expresión técnica, la «fracción del pan», de Hch 2,42). Esta comida es en cierto sentido la primera de la serie que señalará el libro de los Hechos. Recuerda también la última cena, celebrada poco antes del prendimiento y de la pasión de Jesús (22,14-20). La fórmula «tomando el pan, lo bendijo y, partiéndolo, se lo daba» (v. 30b) recuerda con toda exactitud la fórmula de 22,19. Lucas marca así el rito que junto con

el bautismo caracteriza la vida litúrgica de los primeros cristianos. Se trata de una comida particular y no ordinaria. El marco «eucarístico» de la revelación del Resucitado a los discípulos de Emaús no es óbice para que el instante sagrado marcado por la fracción del pan, la bendición o la acción de gracias se desarrolle durante una verdadera comida.

Lucas no menciona ninguna otra acción de Jesús. Este hizo todo lo que podía: aseguró a sus discípulos de su presencia y los colmó con su palabra y su «sacramento». Lucas menciona el reconocimiento como natural. Decir que «sus ojos se abrieron y lo reconocieron» parece algo evidente. Sin embargo, cuántos signos y palabras fueron precisos para llegar hasta ahí: primero, la presencia de Jesús, luego la palabra, después el recuerdo de las Escrituras, finalmente el signo del pan. Para los lectores cristianos de Lucas se produce lógicamente una identificación con los discípulos de Emaús: también ellos han oído la Palabra, han comprendido las Escrituras, compartido la Cena y percibido su presencia.

Hablemos de esta presencia. En el relato es efectiva, pero provisional. Apenas lo reconocieron, el Resucitado se volvió «invisible». En la vida también es efectiva, pero invisible. Todo se abre entonces: primero, los ojos (v. 31) de los que el autor nos había dicho que estaban ciegos (v. 16); luego la inteligencia, cuya visión era una imagen simbólica (vv. 31.35; cf. v. 45); luego el corazón, lento y estúpido hacía un instante (v. 25), pero ahora ardiendo (v. 32) cuando el Resucitado explica finalmente las Escrituras (v. 32c). Como el evangelista Juan, Lucas camina sobre una cuerda floja: debe afirmar la continuidad entre el Jesús histórico y el Cristo resucitado (de donde procede el reconocimiento), subrayando la discontinuidad introducida por el nuevo estatus resurreccional (de donde procede la lentitud en reconocerlo y la posibilidad para Jesús de desaparecer tan fácilmente como aparece). A esta dificultad se añade un peligro: evitar que el Resucitado pase por un simple retornado a la vida. Esta será una de las funciones del relato próximo, el de la aparición a los Once (vv. 36-49): allanar este obstáculo.

.- Vv. 33-35: El relato no concluye eufóricamente. De vuelta en Jerusalén, los dos discípulos no tienen tiempo de contar su arrebatadora experiencia porque los Once -investidos de la autoridad que Lucas les confiere y reunidos en comunidad- anuncian una aparición que debe respaldar todas las demás: «El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón», es decir, a Simón Pedro, el dirigente de los apóstoles. Esta intervención rememora y corresponde a la carrera del apóstol que corona el episodio de la tumba vacía, v. 12.

El v. 33 recuerda las unidades de tiempo y lugar que tanto valora Lucas: Jerusalén queda como el centro de la historia de la salvación, de la pasión y de la resurrección de Jesús; y ese mismo día, el primer día de la semana, el primer domingo, aparece como el tiempo favorable de la salvación.

El v. 34 utiliza el vocabulario tradicional de la resurrección (*egeiro*, literalmente «despertar», y de ahí «resucitar», tal como aparece en las fórmulas de los Hechos, 3,15 y 4,10, y en Pablo, Rm 4,24; 1Co 15,4) y de las apariciones (*ophthê*, «se apareció», como en 1Co 15,5). Pablo conoce una aparición del Resucitado a Pedro, a quien llama con su sobrenombre arameo, Cefas (1Co 15,5), mientras que Lucas le da el nombre de Simón, como hace al principio de su evangelio (4,38; 5,10; 6,14).

El v. 35 concede finalmente la palabra a los discípulos de Emaús: explican lo que les ha ocurrido. La idea de camino recuerda la importancia del verbo «caminar», «andar». Las palabras «lo que había pasado en el camino», resumen el encuentro, los diálogos y sus malentendidos, así como la interpretación de las Escrituras. Implican también la «fracción del pan», el contexto litúrgico y eucarístico del reconocimiento.